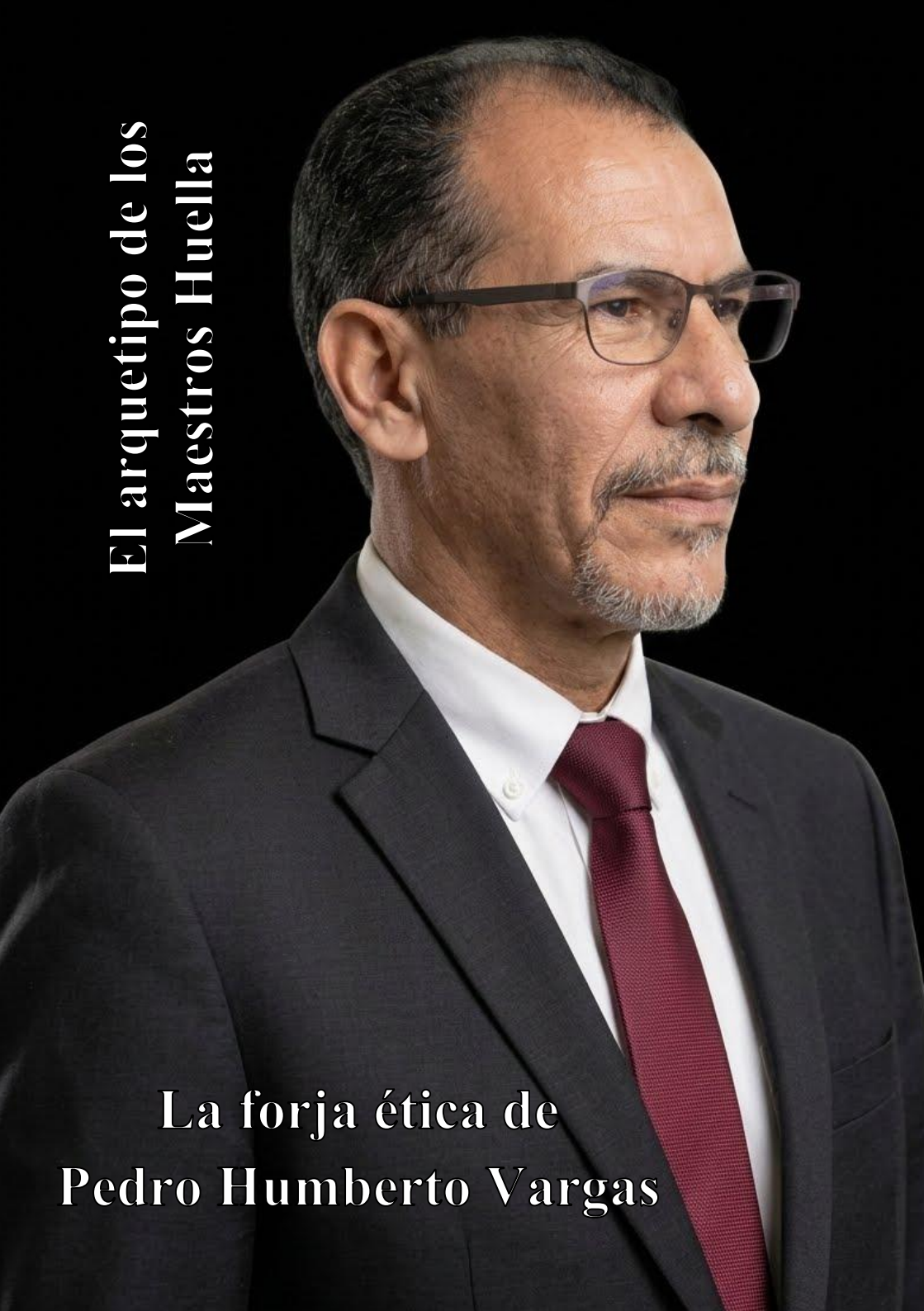


# El arquetipo de los Maestros Huella

## La forja ética de Pedro Humberto Vargas

# El arquetipo de los Maestros Huella

# La forja ética de Pedro Humberto Vargas

**Colección: Relatos de vida de docentes universitarios**

**Autor:**

**Lenin Byron Mendieta Toledo**

**Universidad de Guayaquil**

EDICRI S.A.S.
EDITORIAL CRISÁLIDAS

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquiera otro, sin la autorización previa por escrito de Fundación Editorial Crisálidas.

DERECHOS RESERVADOS.

Copyright © 2026

Editorial Crisálidas EDICRI S.A.S.

Callejón, avenida 3era 128 y calle 6ta

Guayaquil, Ecuador.

Tel.: 0982842107

fundacioneditorialcrisalidas@gmail.com

ISBN: 978-9907-815-05-4

DOI: https://doi.org/10.70557/pedrohumbertovargas2026

Impreso y hecho en Ecuador

Dirección editorial: Lic. Josselyne Peralta C.

Coordinación: Lic. Dolores Castro M.

Diagramación: Lic. Dolores Castro M.

Diseño gráfico: Lic. Josselyne Peralta C.

Fecha de publicación: 15 de agosto de 2026

Fundación Editorial Crisálidas

Guayaquil – Ecuador

# Índice

Prólogo .....11

Capítulo 1: .....14

El arquetipo de los Maestros Huella: La resistencia frente a la mecanicidad educativa.....14

La alteridad, la otredad y la ética primera.....22

La emulación y la libertad: El patrimonio de Sartre y Kant .....24

Capítulo 2: .....27

Las raíces del servicio: solidaridad.....27

La vulnerabilidad como escuela del abismo .....29

"Las personas son nuestro deber": El mandato categórico del profesor .....31

La constelación de la solidaridad.....33

La influencia en silencio .....35

Capítulo 3: .....39

Otredad y mismidad: el equilibrio del cuidado 39

La sed del manantial y la trampa del sacrificio absoluto.....41

La radicalidad de la otredad y la cara del otro ...42

La salvación de la Mismidad: El cuidado de uno mismo como ejercicio de libertad .....44

La catarsis del maestro: El protocolo de Pedro Vargas .....45

La polifonía del autocuidado y el estrés que no se ve.....47

Capítulo 4:.....51

La ética de la escucha frente a la pseudo-escucha .....51

El declive de los rituales en la era del ruido.....53

La anatomía de la tiranía tecnológica y la pseudoescucha.....54

Ritual de escucha como un acto supremo de hospitalidad .....56

El efecto transformador de cinco minutos de concentración plena .....57

La escucha como modo de moldear el carácter ético .....59

Capítulo 5:.....61

Responsabilidad y libre albedrío en la docencia 61

La condenación de la libertad: La resonancia de Sartre .....66

La paradoja de la emulación: Orientar desde un lugar oculto .....67

Capítulo 6 La estatura valoral y el espejo de la calidad humana.....69

Conclusión .....81

El legado de la impronta moral .....81

Apéndice metodológico .....85

La arquitectura de la investigación y .....85

el rastro de las huellas .....85

.....86

La ciencia con rostro humano.....87

El Proyecto FCI-012 y la criba de la excelencia ...88

El imperativo ético: El Consentimiento Informado (CIPE) .....89

El ritual del encuentro: La entrevista biográfica.90

La tecnociencia al servicio del alma: ATLAS.ti y las redes rizomáticas.....92

La hermenéutica y la teoría emergente .....93

Epílogo metodológico: La mutación del investigador.....95

¿Qué hace que un maestro o profesor sea realmente inolvidable? .....96

Sobre el autor .....99

# Prólogo

Escribir un libro puede ser una actividad apasionante, especialmente si se realiza desde el ámbito académico y se incorpora un elemento tan dulce como es la admiración y el amor por la tarea docente. En un momento en que la educación universitaria enfrenta el peligro permanente de ser reducida a simples indicadores de eficiencia, a una mera capacitación o a una fría transmisión de saberes

Pararse a analizar el rostro humano de la pedagogía se transforma en un gesto de rebeldía y esperanza.

El libro que tiene en sus manos no es un manual técnico de didáctica ni un compendio de métodos asépticos. Por el contrario, este libro es una combinación de palabras técnicas, coloquiales, filosóficas y coloridas que se entrelazan de manera coherente por todo el texto. Su objetivo es invitarnos a leer y reflexionar en profundidad acerca de la estructura moral que sustenta a los grandes educadores.

Este ensayo es producto de una estricta indagación narrativa y biográfica, identificada como el proyecto FCI-012, que fue llevada a cabo en las universidades

de Ecuador. Se intentó, por medio de esa investigación, dar voz a una figura que frecuentemente es ignorada en los fríos informes institucionales, pero que se vuelve imborrable en la memoria del alumnado: el Maestro Huella.

El hombre que deja huellas es el que va haciendo camino al andar; cada paso que da, imprime su marca en la tierra, como se forja el acero, dejando huellas irrompibles. Un Maestro Huella enseña como quien siembra con un cuidado infinito, respetando el pequeño grano que crece rezagado y reflejándose en el otro a través de un acto supremo de amor y compasión. En estos folios, ese arquetipo universal es personificado por el doctor Pedro Humberto Vargas, quien fue seleccionado de manera rotunda por sus alumnos como un modelo de calidad humana y de excelencia docente.

Durante la lectura de los capítulos que componen este libro, se le invitará al lector a explorar las áreas de la filosofía y la experiencia vital. Analizaremos la manera en que la orfandad y el voluntariado moldearon la solidaridad de un joven que optó por comprometerse con el lema "nos debemos a las personas". Hablaremos con la ética primera de

Emmanuel Lévinas para comprender que el profesor tiene que hacerse cargo del sufrimiento de su estudiante a través de la otredad, sin olvidar la mismidad o el cuidado de su propia psique para no desgastarse en el esfuerzo. Junto a Byung-Chul Han, cuestionaremos la tiranía del ruido digital y la "pseudo-escucha", destacando el acto revolucionario de dedicar nuestra atención plena al otro. Y por último, abrazaremos el mandato de la libertad, mostrando que un verdadero maestro no coloniza los planes de vida de otros, sino que ejerce influencia a través del poderoso silencio de su ejemplo.

Invito al lector a adentrarse en esta investigación repleta de relatos emotivos y reflexiones profundas. Que esta lectura nos recuerde que la compasión hacia los demás es el valor más importante que tiene un ser humano y que la auténtica inmortalidad de un maestro radica no en las teorías que enseñó, sino en el impacto indeleble que logró dejar en los corazones de sus alumnos.

*Dr. Lenin Rijkaard Mendieta Toledo.*

*Miembro del FCI-012*

# Capítulo 1:

# El arquetipo de los Maestros Huella: La resistencia frente a la mecanicidad educativa

**La oposición a la mecanicidad en la educación**
La educación actual, asediada por la burocracia de los sistemas estandarizados y las métricas de eficiencia, tiene el peligro persistente de transformarse en una acción mecánica. Con frecuencia, las instituciones de educación superior se parecen a líneas de ensamblaje en las que el alumno es visto como un contenedor vacío y el docente como un mero empleado de la enseñanza, un reprodutor de currículos sin espíritu. No obstante, la educación superior es fundamentalmente un sistema vivo, dinámico y altamente sensible; se trata de un ecosistema que entrelaza las experiencias, los temores, las crisis y las esperanzas de los docentes y de los alumnos por igual.

Surge un personaje que desafía y se opone a la inercia del sistema opresor en este contexto de relaciones líquidas y distopías tecnológicas, que se caracteriza por una enseñanza frecuentemente deshumanizada: el Maestro Huella. Esta figura no es el resultado de la casualidad, sino que surge a partir de una vocación enraizada en la compasión y la empatía, que se eleva como el reservorio ecológico y moral de nuestras universidades.

¿Pero qué es un Maestro Huella, en realidad? La definición de este arquetipo va más allá de los diccionarios pedagógicos e incluye la poesía de la experiencia humana. El hombre que va dejando huellas es el que hace camino al andar; es aquel que, con cada paso, deja su impronta en la tierra con la misma fuerza con la que se forja el acero, dejando huellas inquebrantables a su paso. Un Maestro Huella desempeña el noble trabajo de la enseñanza como si fuera un sembrador, quien con gran esmero realiza la siembra y se preocupa por ella todos los días. Es el agricultor del espíritu que utiliza la mañana para fertilizar y regar los campos fértiles de las mentes jóvenes; que respeta al pequeño grano que crece rezagado junto al resplandeciente trigal, sin perder la esperanza de que ambos alcanzarán su madurez a su debido tiempo. Este maestro, en un gesto supremo de amor, compasión y alteridad, se ve reflejado en el otro e interpreta su coexistencia en el aula por medio de la empatía. Es, en sentido metafórico, el Peter Pan del aula: un espíritu vibrante que fascina con fábulas impregnadas de vida y ciencia, rehusándose a permitir que la ilusión por el descubrimiento se muera.

## La cara humana de la pedagogía: Desde Vargas hacia la polifonía de la enseñanza

En las universidades de Ecuador, este modelo se encarna a través de personas extraordinarias que, más que compartir teorías, transmiten vida. Pedro Humberto Vargas es el elemento común en esta estirpe. Vargas no se establece como una figura autoritaria en un entorno académico donde la humanidad es frecuentemente opacada por el rigor científico, sino que lo hace con una inquebrantable estatura valoral. El principio fundamental que postula es una expresión que resuena como un imperativo ético para toda la academia: "Estamos en deuda con la gente". Este sencillo, aunque profundo, pronunciamiento resume el rumbo moral que todo buen maestro debe seguir: el educador está cara a cara con un rostro humano que necesita ser reconocido, antes de aplicar cualquier instrumento psicoterapéutico, antes de calificar un examen o de dictar una teoría.

Sin embargo, Vargas no es un caso aislado; forma parte de un entorno moral superior, una polifonía de maestros imborrables que componen el espíritu de la universidad. El arquetipo de los Maestros Huella se

refleja en numerosas caras y disciplinas, poniendo de manifiesto que la ética no hace distinción de materias, sino que recorre la praxis de aquellos que enseñan con el corazón.

Allí se siente el eco de Antonio Rodríguez Vargas, un profesor que, en el ámbito de la cultura física, evidencia que tanto la anatomía como el deporte son medios para inculcar sacrificio, disciplina y humanismo. Antonio, un experto de alto nivel educado en la rigurosidad, fomenta un aprendizaje relevante basado en el amor por la vida, la humildad y el deber de contribuir a la transformación social. Su legado pedagógico nos enseña que ser puntual y respetuoso no es una obligación, sino una muestra de calidad humana.

Lady Soto es otro arquetipo. Desde una posición que algunos podrían considerar rígida o basada en un "régimen" de rectitud, encierra una ternura inagotable. Ella muestra que la calidez y la exigencia académica no son mutuamente excluyentes; de hecho, su firmeza es el más alto reflejo de su interés por formar profesionales íntegros que no se quiebren frente a las dificultades del mundo.

En esta misma constelación, Laura Mariscal se destaca, gracias a su sencillez y campechanía que desmitifican la imagen de la catedrática inalcanzable. Laura Mariscal es una profesor que escucha, que transforma el salón de clases en un ambiente de confianza donde el alumno no solo se encuentra con un experto en su materia, sino también con un amigo y un mentor espiritual. Su humildad, auténtica y no simulada, le posibilita conectar con las dificultades personales de sus estudiantes, lo que muestra que la mayor sabiduría de un maestro es su habilidad para empatizar.

Y no podemos dejar de lado las huellas de Laura Mariscal, quien afirma con fervor que un maestro "debe tener calidad humana" y conocerse a sí mismo para poder entender a los demás, más allá de cualquier doctorado o formación científica. Ni las "indelible traces" (huellas imborrables) de Lidia Govea, quien se caracteriza por ser una profesora paciente, justa y amable desde que enseña el idioma inglés, evidenciando que la ética de la compasión es en realidad el lenguaje universal del aula.

La cicatriz fundacional y la formación del carácter

No existe nadie que haya nacido como Maestro

Huella. La ética no es un rasgo cosmético, sino la "forja del carácter", como lo sostiene acertadamente la filósofa Adela Cortina. La calidad moral de estos maestros se forja en el yunque de las vivencias, muchas veces marcadas por el sacrificio, el sufrimiento o la relación con mentores que les transformaron la vida.

Según Pedro Humberto Vargas, esta formación se inició con el dolor de la temprana orfandad. Pedro, un niño que perdió a su madre en segundo grado, vivió la profunda soledad emocional. Su Maestra Huella, la profesora Piedad Ochoa de Córdoba, emergió en esa oscuridad. No solo le enseñó el abecedario, sino que se acercó a su dolor, lo acompañó y brindó apoyo más allá de lo curricular. Esa vivencia dejó en Vargas una huella indeleble, mostrándole que la enseñanza tiene el sagrado poder de ser un refugio.

Esta cicatriz fundacional le enseñó que la calidad humana no es un simple adorno. La calidad humana es una cosmovisión de múltiples dimensiones en la cual se valora al individuo por su equilibrio, su coherencia, su sensibilidad y su habilidad para implementar los valores esenciales ante la fragilidad

del prójimo. A partir de este punto, Vargas entendió que su trabajo como Maestro Huella, al igual que el de sus colegas, debía estar fundamentado en la otredad.

**La alteridad, la otredad y la ética primera**

El Maestro Huella no aborda la enseñanza desde el orgullo intelectual. El buen maestro, inspirado por la profunda filosofía de Emmanuel Lévinas, ejerce una ética primera: un deber irrenunciable que surge del encuentro cara a cara con el otro. En las aulas de las universidades, esta otredad implica tener la valentía de salir de la zona de confort en términos metodológicos para explorar los territorios existenciales del alumno.

Educar desde la alteridad significa entender que detrás del atril no hay números de matrícula, sino caras humanas llenas de historias, carencias y posibilidades infinitas. El maestro ético experimenta el sufrimiento del alumno como si fuera propio; practica una "ética de la compasión". La compasión no es entendida como lástima, sino como una pasión compartida, el acto supremo de solidarizarnos con alguien que necesita ser orientado sin ser juzgado.

Los Maestros Huella establecen la supremacía del "currículo oculto" ante la inflexibilidad de los sistemas educativos. Cuando explican en la pizarra psicoterapia, didáctica, idioma extranjero o anatomía, están "impregnando de valores" a sus alumnos como trasfondo de sus acciones. No establecen reglas de conducta a través de tediosos sermones morales; enseñan por medio de la firmeza de su ejemplo. El respeto absoluto de Vargas, la puntualidad de Antonio Rodríguez y la empatía de Laura Mariscal; todo esto constituye un currículo silencioso que se asienta en la conciencia de los jóvenes, convirtiéndolos de meros alumnos en seres humanos.

El rito de escuchar en la época del ruido

En la actualidad, en una modernidad líquida y acelerada, la atención se ha dividido. Utilizando las observaciones de Byung-Chul Han acerca del fin de los rituales, Vargas y otros profesores notables se levantan instaurando el "ritual de la escucha". En el ámbito académico actual, la ausencia de ética no se presenta frecuentemente en actos de corrupción mayores, sino más bien en la indiferencia diaria, lo que podríamos denominar "pseudo-

escucha". Vargas cuestiona a sus alumnos acerca de esta distopía de manera constante: ¿Qué tipo de ética tiene un profesor o terapeuta que, cuando se encuentra con una persona en crisis académica o existencial, mira la pantalla de su teléfono celular? Según el Maestro Huella, apartar la mirada de los dispositivos para concentrarla en los ojos del alumno es un gesto de absoluto respeto. Es una hospitalidad del espíritu. Dedicar cinco minutos a escuchar de manera auténtica y sincera le devuelve la dignidad al otro y tiene un impacto formativo mucho más grande que el dominio teórico más erudito.

**La emulación y la libertad: El patrimonio de Sartre y Kant**

El Maestro Huella, a pesar de su profundo deseo de servir, tiene un principio innegociable: la total consideración por el libre albedrío del alumno. La ética debe ser autónoma, como señala Immanuel Kant en su imperativo categórico. La obligación no puede surgir del miedo a ser castigado o de la coerción, sino de la libre voluntad del individuo. Así pues, el profesor memorable proporciona acompañamiento, consejos y clarifica la situación, pero nunca invade el proyecto de vida de su

estudiante. “Cada quien tiene la libertad de escoger lo que quiere”, sostiene Vargas.

No obstante, en este respeto por la libertad es donde tiene lugar el milagro pedagógico más grande. El Maestro Huella tiene una influencia inevitable al no imponerse por la fuerza. Al estar sobrepasados por la sinceridad, la dedicación y la consistencia de sus maestros, los jóvenes escogen libremente admirarlos e imitarlos. Aquí es donde adquiere significado la fuerte proposición del filósofo Jean-Paul Sartre: “El hombre es lo que se hace a sí mismo con lo que le hicieron”.

Los alumnos, influenciados positivamente por estos rastros de amor, solidaridad y respeto, toman las riquezas o los escombros de su pasado y, bajo la influencia delicada del ejemplo de sus profesores, se forman a sí mismos como profesionales éticos. De esta manera, el círculo virtuoso del arquetipo se completa: el Maestro Huella no requiere devoción; la inspira. No enseña para el presente; planta para la eternidad, demostrando que la auténtica inmortalidad del ser humano solo se logra mediante las marcas que dejamos en el corazón de los demás, grabadas con amor y fuego.

# Capítulo 2:

# Las raíces del servicio: solidaridad

**La vulnerabilidad como escuela del abismo**

La verdadera vocación por la enseñanza rara vez surge en la comodidad de una biblioteca. Las pedagogías más grandes, las que consiguen conmover las estructuras internas del alumno, se desarrollan generalmente en los límites de la vulnerabilidad humana. Si el Maestro Huella es el arquitecto del espíritu, su material de construcción no es la teoría pura, sino el barro de la realidad social. En esta línea, la solidaridad deja de ser un concepto abstracto o una simple ornamentación retórica en el currículo para transformarse en una praxis encarnada, es decir, en una "política liberadora" que permea la propia existencia del educador.

Es necesario profundizar en los orígenes de su historia para entender la dimensión ética del doctor Pedro Humberto Vargas. Su labor docente no empezó frente a una pizarra impoluta, sino en los pasillos donde la condición humana está más fracturada. En su juventud, Vargas tomó una decisión que moldearía su carácter para siempre: se involucró como voluntario en los centros de rehabilitación para individuos con comportamientos adictivos, participando activamente en la DINACTIE

y el CONSEP. Esta decisión fue impulsada por una inquietud que iba más allá de las aulas universitarias.

Quien ha observado de cerca el abismo de las adicciones es consciente de que no existe espacio para la arrogancia académica. El adicto es el paria por antonomasia, el "nadie" del que se refería Eduardo Galeano; una persona a la que se le ha despojado de su voz y, frecuentemente, de su dignidad ante el resto de la sociedad. Al colaborar de manera voluntaria con estos enfermos, Vargas tuvo que lidiar con la manifestación más dura del sufrimiento humano. Allí entendió que las fórmulas presentes en los libros de psicología no eran suficientes si no iban acompañadas de una dedicación total. En ese inframundo de angustia y rehabilitación, no era posible concebir la solidaridad como el gesto burgués de "dar lo que sobra", sino más bien como la profunda determinación de entregarse a uno mismo.

Cuando Vargas recibió una beca de la Universidad de Buenos Aires (UBA), esta inmersión en la otredad más extrema se perfeccionó. Fuera de su tierra natal, en un ambiente de efervescencia intelectual, acabó de

afianzar la matriz de su pensamiento: la pedagogía y la técnica psicoterapéutica no tienen sentido si el profesional no ha sido conmovido por el sufrimiento ajeno. La filósofa Adela Cortina diría que la experiencia con los marginados fue para él como un yunque en el que se "forja el carácter". Vargas no solo se formó en la rehabilitación de pacientes; también aprendió a observar el rostro del otro, a interpretar sus silencios y a entender que detrás de cada comportamiento autodestructivo hay una solicitud de ayuda. Es la misma mirada, compasiva y a la vez firme, que años más tarde llevaría al aula de la universidad.

## "Las personas son nuestro deber": El mandato categórico del profesor

Pasar del centro de rehabilitación al aula universitaria no significó un cambio de vocación, sino más bien una ampliación de la misma. Vargas se dio cuenta de que el aula está poblada por almas igualmente vulnerables: jóvenes que lidian con sus propias adicciones ocultas, como la apatía, el temor al fracaso, la soledad y la ausencia de propósito. Es en ese momento cuando formula la frase que se transformará en el eje del liderazgo ético y de toda su

filosofía educativa: “Las personas son nuestra prioridad”.

Esta afirmación es extremadamente profunda. “No debemos lealtad a la institución”, “no debemos lealtad al currículo” y “no debemos lealtad a la ciencia” no se dicen. Vargas establece una ética de la alteridad que tiene eco con el pensamiento filosófico de Emmanuel Lévinas cuando coloca al individuo en el centro del deber. Según Lévinas, la ética se establece mediante el encuentro con el “Rostro” del Otro; el Otro me interpela, me demanda y me hace responsable de su existencia antes de que tenga la capacidad de formular cualquier regla moral. Esta filosofía está personificada en Vargas. La respuesta natural ante esa interpelación es su solidaridad.

La filósofa Victoria Camps nos hace notar que las virtudes públicas, entre ellas la solidaridad, son imprescindibles para mantener la vida en común. El enunciado “nos debemos a las personas” es un acto de resistencia dentro del ámbito universitario, que frecuentemente se ve acosado por la competencia feroz y el individualismo. Esto quiere decir que el profesor abandona su posición de autoridad y se pone al lado del alumno, no para hacer su trabajo,

sino para sostenerle la mirada mientras este aprende a hacerlo por sí mismo. Por lo tanto, la enseñanza no se manifiesta como una profesión de prestigio, sino más bien como un sacerdocio secular de dedicación absoluta.

**La constelación de la solidaridad**

Esta solidaridad encarnada no es un privilegio exclusivo de Vargas. Los Maestros Huella son un arquetipo de una constelación resplandeciente en la que diversos educadores expresan este mismo compromiso ético desde sus propias trincheras, evidenciando que la calidad humana es una polifonía.

Si analizamos el magisterio de Antonio Rodríguez Vargas, nos damos cuenta de que la solidaridad también se enseña por medio del movimiento y el sudor. Antonio no se limita a enseñar sobre anatomía o desempeño en el deporte desde la cultura física; él emplea la disciplina corporal como una metáfora de la vida. Su solidaridad se expresa al demandar el máximo esfuerzo de sus estudiantes, instruyéndoles que la mejora personal es el primer paso para poder contribuir a la sociedad. Antonio enseña a ser

resilientes, haciéndonos ver que una mente y un cuerpo fuertes están destinados a servir a la comunidad, forjando así un humanismo que surge del sacrificio.

La figura de Laura Mariscal, por otra parte, nos proporciona un aspecto diferente pero igual de poderoso del servicio. La "sencillez" y la humildad radical son los medios a través de los cuales se manifiesta su solidaridad. Laura Mariscal, de manera voluntaria, abandona el olimpo académico para transformarse en uno de sus alumnos. Comprende que, en ocasiones, lo más solidario no es dar una clase magistral brillante, sino brindar un hombro para que el alumno pueda dejar sus miedos y dudas. Su salón de clases es un refugio, ya que él ha determinado que el acercamiento humano es más significativo que la lejanía jerárquica.

Lady Soto nos reta a reflexionar sobre nuestros prejuicios acerca del servicio en este mismo ecosistema moral. Su solidaridad, en vez de condescendencia, está vestida de un "sistema" de estricta rectitud. Soto entiende que el mundo laboral es despiadado y que la mejor manera de demostrar amor a un estudiante es preparándolo para soportar

las tormentas. Su requerimiento es una coraza que le teje al alumno, un método de cuidado profundo que, si bien puede parecer severo al principio, está basado en un interés inagotable por su futuro bienestar.

Por último, educadoras como Lidia Govea y Laura Mariscal nos muestran que la solidaridad es, en su núcleo, la práctica continua de la empatía. Mariscal afirma que la solidaridad no es posible desde la ignorancia de uno mismo; el autoconocimiento es una condición previa para ser capaz de ayudar a los demás. Govea, por otro lado, hace uso de la enseñanza de una lengua extranjera como un puente hacia la justicia y la paciencia. Es un acto de vulnerabilidad para el alumno aprender a comunicarse en otro idioma, y Govea lo acompaña en esa situación con una actitud amistosa y de protección.

**La influencia en silencio**

En todos estos Maestros Huella, la solidaridad se caracteriza por no ser estridente. No persiguen el reconocimiento en revistas de gran impacto ni el aplauso institucional. Su servicio funciona en las trincheras calladas de lo cotidiano. Pedro Humberto

Vargas no presume de sus años con pacientes adictos; simplemente deja que la humanidad que captó en esos días oscuros se refleje en su mirada, en su tono de voz y en la manera como examina a sus alumnos.

Aquí es donde la filosofía educativa llega a su punto máximo: el docente influye sin imponer. El alumno universitario, que con frecuencia es escéptico ante las palabras vacías de los líderes, tiene un radar infalible para identificar lo auténtico. Cuando el estudiante se da cuenta de la calidad humana de Vargas y del resto de los Maestros Huella —cuando nota que su solidaridad no es una estrategia para manipular pedagógicamente, sino una creencia ontológica—, deja de lado sus armas.

En esta acción de rendición pacífica, se produce la emulación. El joven decide, desde su más profundo libre albedrío, que desea emular a ese maestro. El estudiante no desea necesariamente dominar la misma teoría clínica que Vargas, o tener la misma habilidad física que Rodríguez, o hablar inglés como Govea; lo que el alumno quiere con fervor es alcanzar esa misma altura moral. Desea ser el tipo de persona que, frente al sufrimiento del mundo, pueda afirmar

con la cabeza en alto: “Las personas son nuestra prioridad”.

Así las raíces del servicio, que se originaron en el sufrimiento de la orfandad de Vargas y evolucionaron en los centros de rehabilitación, brotan años después en las cabezas de cientos de estudiantes universitarios. La solidaridad deja de ser un atributo individual para transformarse en el legado espiritual de toda una generación de profesionales, evidenciando que el maestro genuino no es quien produce seguidores, sino quien estimula a nuevos líderes.

# Capítulo 3:

# Otredad y mismidad: el equilibrio del cuidado

## La sed del manantial y la trampa del sacrificio absoluto

El mito del educador inmolado es una concepción romántica y riesgosa acerca de la enseñanza de alta calidad. Históricamente, se ha moldeado la imagen del maestro como un mártir que tiene el deber de ofrecer hasta su último respiro en el altar del aula, despojarse de sí mismo para satisfacer lo que les falta a sus alumnos. No obstante, la realidad humana nos previene que ninguna fuente puede proveer agua si no se alimenta a sí misma con aguas nuevas. Si el profesor lo entrega todo sin filtros ni protección, terminará inevitablemente seco. El psicoanalista Gabriel Rolón señala con acierto que si una persona se da por completo, termina al final vacía. Por ende, todo aquel que quiera dar debe asegurarse primero de que el pozo de sus propias virtudes siga lleno.

Esta es la contradicción con la que se topa cada Maestro Huella. La otredad, la capacidad de conmoverse ante el sufrimiento de los demás, es la base de su magisterio; sin embargo, su supervivencia depende de la mismidad, el mandato ineludible de no perderse a uno mismo en el intento de salvar al resto. Los educadores que practican una escucha

genuina en las aulas universitarias, que funcionan como cajas de resonancia de la crisis social, familiar y económica que viven los jóvenes, tienen el riesgo de absorber toneladas de sufrimiento. ¿De qué manera sobrevive un maestro a esta carga sin romperse? La solución no está en la indiferencia, sino en un ejercicio de equilibrio moral.

**La radicalidad de la otredad y la cara del otro**

Para comprender la importancia de este equilibrio, es necesario entender primero cuán radicalmente el Maestro Huella asume al estudiante. Estos maestros, motivados por la "ética primera" del filósofo Emmanuel Lévinas, comprenden que ser responsables del otro no es una elección, sino el mismo cimiento de su humanidad. La otredad en el ámbito universitario no consiste solamente en ser amable; implica observar al estudiante desde sus propios territorios, que a menudo están llenos de vulnerabilidad, y hacerse responsable de él sin esperar nada a cambio.

La enseñanza es un sistema vivo y sensible en el que alumnos y maestros se entrelazan de manera rizomática. La otredad se expresa como compasión

en este ecosistema. Pero no como una compasión que se entienda como una pena vertical desde la jerarquía del experto, sino como el acto de experimentar la pasión ajena, de salir de la zona de confort en términos metodológicos para acceder a las trincheras del estudiante. Según el doctor Pedro Humberto Vargas, la esencia de su profesión no consiste solo en aplicar instrumentos psicométricos, administrar intervenciones clínicas o dictar teorías. Antes de llevar a cabo cualquier acción instrumental, es importante "ponerse en el lugar del otro".

Sin embargo, el profesor universitario queda vulnerable cuando decide quitarse la coraza de la indiferencia y practicar esta ética de compasión. Las confidencias de los estudiantes, sus carencias en el ámbito afectivo y las dificultades para aprender que surgen a partir de fracturas familiares; todo esto afecta al maestro. Cuando un maestro asume el deber de "deberse a las personas", se transforma en el destinatario de una cantidad infinita de angustias, lo que le exige mantener un nivel emocional que no le enseñó ningún sílabo.

## La salvación de la Mismidad: El cuidado de uno mismo como ejercicio de libertad

Es en la profundidad de esta entrega que debe surgir el salvavidas filosófico y psicológico de la identidad. Con frecuencia, la mismidad es malentendida como el opuesto hostil de la otredad o como un sinónimo de egoísmo. No obstante, no existe una ruptura filosófica entre las dos, sino que hay un diálogo para sobrevivir.

De acuerdo con Adolfo Carpio y sus principios ontológicos, "todo ser es igual a sí mismo". Entonces, el principio de identidad y autoconservación es la mismidad. Es la habilidad de conocerse, entenderse, apreciarse y quererse a uno mismo. Si el individuo no tiene mismidad, es imposible que ejerza la otredad. Esto se debe a que para poder abrazar al otro, primero debe existir un "yo" estructurado y saludable capaz de dar ese abrazo.

En este ámbito, la reflexión de Michel Foucault se manifiesta como un acto esencial de resistencia pedagógica: la ética tiene que ser, antes que nada, el cuidado de uno mismo como ejercicio de libertad, no la responsabilidad por los demás. El Maestro Huella

sabe que su primer deber moral es no autodestruirse. Si su herramienta de trabajo es su propia sensibilidad y su propia psique, mantener su salud mental es el mayor gesto de respeto hacia sí mismo y hacia los alumnos que tendrá en el futuro. Cuando es un buen sujeto, el maestro puede dar como ciudadano, y es en este dar donde se manifiesta la preocupación por los demás.

**La catarsis del maestro: El protocolo de Pedro Vargas**

Para Pedro Humberto Vargas, esta fluctuación entre cuidar de uno mismo y entregarse no es simplemente una teoría filosófica, sino una orden clínica para sobrevivir. Vargas entendió pronto, en su experiencia como psicólogo y docente, que absorber el sufrimiento humano sin tener válvulas para desahogarse es un castigo a la ruptura psicológica. El profesional experimenta una disolución silenciosa al estar constantemente en contacto con alumnos y pacientes que enfrentan crisis.

Por lo tanto, Vargas pone en práctica y demanda una profilaxis emocional que la academia convencional suele pasar por alto. Él afirma rotundamente que,

para poder mantener la estatura profesional y moral, es necesario "desvincularse de su interioridad los problemas que le cuentan". Desvincular no implica desatender o tratar fríamente; quiere decir que, una vez finalizada la clase o la atención, el profesor no debe permitir que la tragedia ajena invada su propia vida íntima y arruine su tranquilidad.

El Maestro Huella no se apoya solamente en su propia fuerza para conseguir dicha desvinculación, sino que pide ayuda a sus compañeros. En un gesto de gran humildad profesional, Vargas admite que él mismo participa en sesiones terapéuticas. Él es consciente de que los seres humanos necesitan una catarsis, y que para ello se requiere un espacio seguro en el que devolver todo lo que la gente, los pacientes y los alumnos le han confiado a él, con el objetivo de "no cargar nada que pueda desestabilizar nuestra salud mental en algún momento". Este ejercicio de autocuidado es lo que posibilita que regrese al aula al día siguiente con la fuente llena y listo para ofrecer una nueva dosis de otredad. Él procura inculcarle a sus estudiantes a punto de graduarse la siguiente regla: un profesional de la ayuda no puede mantener a otros si no tiene quién lo mantenga a él.

## La polifonía del autocuidado y el estrés que no se ve

En numerosas situaciones, el panorama actual de la enseñanza universitaria es perjudicial para la salud mental. Los maestros tienen que demostrar no solamente un alto nivel pedagógico, sino también realizar investigaciones de manera frenética, manejar la burocracia y además ser el apoyo emocional de los jóvenes en un mundo asediado por crisis económicas, pandemias e incertidumbre. Frente a esta presión, el estrés en el trabajo se transforma en un fantasma que acecha la identidad de los maestros.

La polifonía de los Maestros Huella nos muestra que cada uno ha tenido que desarrollar su propio blindaje para resguardar su equilibrio. El profesor, al ser un sujeto humano vulnerable que también se fatiga y sangra, requiere sus refugios. Para algunos, como indican las historias de otros maestros en formación, la familia es el refugio, el centro de descompresión donde se disipan las tensiones. Para algunos, el arte, la fe o el deporte son lo que les inspira. Sin embargo, en cada caso los maestros realmente memorables tienen en común la idea de

que no son superhéroes perfectos, sino seres finitos que necesitan manejar su energía vital.

La enseñanza, comprendida bajo este paradigma de excelencia moral, deja de ser un sacerdocio suicida y se transforma en una danza con conciencia. El Maestro Huella entra al aula entregando todo lo que tiene ("Cuando das, te das") y se vincula con las historias no contadas de aquellos que ocupan los pupitres. Cuando nota que una lágrima es más urgente que un plan de estudios, demuestra una empatía radical al interrumpir la clase. No obstante, al finalizar la jornada, muestra el mismo nivel de compasión hacia sí mismo. Comprende que curar su propia interioridad, concederse descanso y demandar respeto para su espacio vital no lo convierte en un maestro egoísta, sino en un profesional con sabiduría.

El Maestro Huella descubre, en esta delicada y continua práctica de equilibrio —el mantenerse íntimamente vinculado al sufrimiento ajeno mientras se protege con fiereza el santuario del yo— la clave de su longevidad moral. Ya que solo aquel que ha aprendido a cuidar de sí mismo como una

forma de libertad puede educar y amar al otro como un acto de justicia.

# Capítulo 4:

# La ética de la escucha frente a la pseudo-escucha

## El declive de los rituales en la era del ruido

Nos hallamos en una modernidad acosada por la inmediatez, en la que la comunicación transcurre a un ritmo vertiginoso; sin embargo, de manera paradójica, parece desvanecerse el auténtico encuentro entre seres humanos. En este contexto de hiperconectividad, las aulas universitarias no son espacios cerrados; al contrario, se comportan como cajas de resonancia que amplifican las virtudes y los vicios de la sociedad actual. Una crisis grave que está experimentando nuestra época, la desaparición de los rituales, es advertida por el filósofo Byung-Chul Han. Los rituales son prácticas simbólicas que establecen una comunidad sin comunicación obligada y posibilitan que nos detengamos en las cosas y les demos significado. No obstante, en nuestro empeño por generar y consumir información de manera frenética, hemos despojado al tiempo de su esencia y hemos perdido la habilidad para contemplar a los demás.

Esta eliminación de rituales ha creado una crisis de atención en el campo pedagógico, poniendo en peligro los fundamentos mismos de la educación. El alumno contemporáneo entra al salón de clase con su

mente fragmentada por el bombardeo digital, frecuentemente poniendo la pantalla de su aparato por encima del rostro de quien le habla. Sin embargo, la mayor tragedia no es solo que el estudiante se distraiga, sino que el educador esté anestesiado. Si el profesor universitario se deja llevar por la urgencia de cumplir con un currículo estandarizado y deja de observar a sus alumnos, la educación pasa a ser una simple transferencia de información vacía en vez de ser un acto formativo. El Maestro Huella se presenta como un símbolo de resistencia ante la desolación de la modernidad líquida, estableciendo en el aula el acto contemporáneo más subversivo: el "ritual de la escucha".

**La anatomía de la tiranía tecnológica y la pseudoescucha**

Pedro Humberto Vargas, quien es psicólogo clínico y Maestro Huella, caracteriza a esta desconexión emocional con un nombre contundente: "pseudo-escucha". Según Vargas, no es suficiente con estar físicamente en el aula o en el consultorio. La pseudoescucha sucede cuando, mientras se finge atender a alguien, la mente del profesional está llena de una multitud de ideas que no tienen nada que ver

con el dolor o la necesidad de quien está delante. Es una presencia ausente, una atención simulada que menoscaba la dignidad del otro.

Vargas contrasta a sus alumnos de psicología, quienes serán terapeutas y profesionales de la ayuda, con una situación distópica que, sin embargo, es dolorosamente habitual para mostrar la gravedad moral de esta actitud. Les propone: "¿Qué harían ustedes si, en una situación específica con un paciente, este necesita de su atención más allá de la escucha activa? ¿Qué sucedería si usted [...] se levanta o está mirando su celular y le presta más atención a este que lo que el paciente pueda transferirle como información en ese momento?".

Esta desconexión tecnológica, esta inclinación a dejar de lado el llanto emocional de un paciente o la inquietud legítima de un estudiante para atender una notificación digital, no es simplemente un error de etiqueta. En esencia, es una violación absoluta de la moral. Es una violación de la primera ética, es decir, del imperativo categórico kantiano que nos exige actuar correctamente por respeto universal al ser humano y por autonomía. Prestar atención al teléfono móvil mientras alguien abre su alma o

expresa su intelecto es acabar con el respeto; es convertir al estudiante o al paciente en invisible, evidenciando que la tecnociencia puede deshumanizar las relaciones más sagradas cuando no tiene un filtro ético.

**Ritual de escucha como un acto supremo de hospitalidad**

La arquitectura moral del magisterio de excelencia plantea la restauración del "ritual de la escucha" ante la mediocridad de la pseudoescucha. El respeto es, más que una orden institucional, escuchar con atención al otro que necesita oírse con urgencia, como si fuera un ritual sagrado, optando por callar en lugar de emitir un juicio apresurado o una impertinencia.

La escucha no es una acción pasiva, sino la expresión más alta de hospitalidad. Este ritual, como sostiene el pensamiento oriental y rescata Han, hace que la persona que está siendo atendida, investigada o educada se sienta verdaderamente importante. Sentir que hay alguien enfrente que interrumpe el mundo para escuchar devuelve la condición de ser humano. Así, en este contexto, "la sabiduría llega con

el ritual de escuchar" y no con la acumulación de títulos académicos. Esta práctica exige un profundo ejercicio de humildad: el profesor debe vencer su ego para no desestimar ni invalidar lo que dice el alumno. Es necesario desprenderse de la arrogancia intelectual que sostiene que el maestro es el eje del universo para entender que "el que escucha aprende más que el que habla".

Para el Maestro Huella, la escucha activa es una expresión práctica de la otredad. Es la actitud de ir a los lugares donde vive el estudiante, comprendiendo que tras el número de matrícula se encuentran jóvenes que enfrentan crisis económicas, pérdidas en su familia o luchas internas relacionadas con su salud mental. Al escuchar, el maestro deja su posición jerárquica y se transforma en un refugio.

**El efecto transformador de cinco minutos de concentración plena**

Al educador contemporáneo, acosado por la saturación de las aulas y la carga administrativa, la exigencia de esta ética de escuchar podría parecerle abrumadora. No obstante, Vargas nos brinda una enseñanza con una gran profundidad pedagógica y

clínica: tener empatía y escuchar no quiere decir que el profesor deba tener la solución a todas las preguntas o arreglar los problemas estructurales de sus estudiantes de manera mágica. El maestro no es un dios todopoderoso, pero sí que es un servidor moral.

Vargas lo resume de una manera desgarradoramente clara: "El valor esencial es que el estudiante reciba dos minutos o cinco de escucha atenta, y eso se lo llevará grabado". Para rescatar a un alumno del abismo de la indiferencia, no es necesaria una intervención titánica; unos pocos minutos de atención incondicional y sin distracciones del teléfono móvil son suficientes. Ese corto periodo de conexión auténtica entre humanos tiene un efecto formativo mucho más grande que cualquier clase teórica, ya que le confirma al joven que su vida tiene valor. El alumno, al sentirse acogido en la mirada y los oídos de su profesor, se da cuenta de que la universidad no es simplemente una fábrica de diplomas, sino una comunidad de seres humanos.

**La escucha como modo de moldear el carácter ético**

La ética, al final de cuentas, no se enseña a través de discursos vacíos escritos en una pizarra, sino por medio de acciones concretas. La moral es parecida a la gramática: no tiene ningún valor saber sus reglas al dedillo si no podemos ponerlas en práctica en nuestra vida cotidiana. El Maestro Huella no solamente sana y acompaña, sino que también da forma a la personalidad de sus alumnos al establecer el ritual de escuchar.

Los estudiantes de la universidad, con un radar infalible para identificar la hipocresía, miran a sus profesores en silencio. Cuando un Pedro Vargas o cualquier otro maestro inolvidable deja todo lo que está haciendo, apaga su teléfono y fija su mirada compasiva para ayudar con una pregunta o un dolor, el alumno aprende la lección de ética más impactante de su carrera. Comprende que el respeto no se obtiene por medio de la autoridad, sino que se brinda a través de la atención.

De esta manera, la rebelión de la ética de escuchar frente a la pseudoescucha se transforma en un remedio contra la deshumanización. Nos hace

recordar que, en un mundo colmado de ruido y pantallas, el mejor obsequio que uno puede dar a otro ser humano es su atención plena. Es en ese silencio compartido y respetuoso donde verdaderamente se genera la excelencia pedagógica, reafirmando que, más allá de cualquier habilidad técnica, "nos debemos a los individuos.

# Capítulo 5:

# Responsabilidad y libre albedrío en la docencia

## La tentación del escultor y el mandato de la libertad

El maestro es comúnmente comparado con un escultor en la concepción tradicional de la educación: un artista que utiliza "arcilla" o "piedra bruta" del alumno para darle forma a su imagen y semejanza, moldeándola según lo que él estima como ideal o perfecto. No obstante, al examinarla con una ética pedagógica genuina, esta metáfora revela una tiranía de gran profundidad. El aula no es un taller de moldes, y el alumno no es materia inerte; es una conciencia en ebullición. El atril otorga poder, y la tentación de colonizar la mente del otro es constante con el poder; consiste en imponer nuestras visiones del mundo o nuestras frustraciones camufladas bajo "consejos para su bien".

El Maestro Huella, sabedor de este riesgo, decide libremente no convertirse en un escultor de vidas ajenas. Pedro Humberto Vargas basa su praxis en un respeto absoluto por el libre albedrío, enseñanza que no adquirió a través de los tratados pedagógicos, sino de la sabiduría directa y popular de su padre. Vargas explica que, en su juventud, su padre nunca trató de imponerle un destino o una carrera. Más

bien le dio un principio que, aunque crudo, es profundamente libertario: "si desea ser vago, sea buen vago".

En un análisis superficial, esa frase podría parecer un desinterés, pero en realidad contiene lo esencial de la responsabilidad ética. Le enseñó a Vargas que la libertad es inalienable, pero tiene un costo inevitable: el individuo es el único y total responsable de las decisiones que toma. Si el padre hubiera decidido por él, el hijo habría tenido a quién responsabilizar después de su primer fracaso. Lo forzó a hacerse dueño de su propio destino al dejarlo bajo la intemperie de su libertad. Esta es la misma filosofía que Vargas lleva a los pasillos de la universidad: el educador no está allí para tomar decisiones por el estudiante, sino para estar a su lado mientras descubre lo que sus propias decisiones significan y lo maravillosas que son.

**La falta de interferencia como el máximo nivel de respeto**

El acceso a la educación superior es el umbral que señala cuando un adolescente se transforma en un adulto emergente. No obstante, numerosos alumnos

llegan a la universidad con proyectos de vida que no les corresponden: estudian derecho por mandato de la familia o medicina porque su padre no pudo serlo. En palabras del mismo Vargas, "llegan deformados por el sistema". La posición de Vargas frente a estos jóvenes perdidos es decisiva y éticamente intachable: "Yo no me inmiscuido en el proyecto de vida de nadie; es decir, cada uno tiene la libertad de escoger lo que desea".

Esta no-intromisión no equivale a indiferencia, sino al respeto total por el principio de autonomía moral que demandaba Immanuel Kant. El filósofo alemán sostiene que el imperativo categórico establece que siempre debemos tratar a la humanidad, tanto en nosotros mismos como en los demás, no solo como un medio, sino siempre como un fin en sí mismo. Reducir a un estudiante a un medio para satisfacer las expectativas académicas del docente es colonizar su mente.

Vargas entiende que el alumno de psicología clínica, o de cualquier otra materia, que se acerca a él buscando respuestas, en realidad ya tiene claro cuál es la decisión correcta; simplemente quiere que el profesor decida por él para liberarse de la angustia

que provoca asumir responsabilidades. El auténtico maestro se rehúsa a sucumbir a esa trampa. Su trabajo no consiste en "ayudar" resolviendo el problema, sino en "acompañar para aclarar cosas", motivando al estudiante a tomar las riendas de su autonomía.

**La condenación de la libertad: La resonancia de Sartre**

El estudiante pasa por lo que los existencialistas denominan "angustia vital" cuando se enfrenta a esta pedagogía de la libertad. En este momento, la obra refleja una de las afirmaciones filosóficas más influyentes del siglo XX, formulada por Jean-Paul Sartre: "el hombre es lo que hace con lo que hicieron de él".

Ningún estudiante de la universidad llega como un libro en blanco al aula. Todos estamos conformados por un sistema de creencias, por experiencias traumáticas en la infancia, por la cultura, por el amor o el desamparo de nuestros progenitores. La sociedad nos "modeló" de esta manera. No obstante, el determinismo se quiebra en el momento en que el ser humano acepta su libre albedrío. El maestro

Huella le comunica al alumno de manera implícita: No importa si el sistema te deformó, si llegaste aquí por accidente o porque no tuviste otra alternativa; hoy estás aquí, en este pupitre, y tienes la libertad de tomar esos escombros para edificar tu propia identidad profesional.

Esta exigencia de libertad está acompañada por el desarrollo de un carácter ético firme. Vargas estimula a sus alumnos a ser brutalmente honestos consigo mismos. Para que puedan "aclararse internamente" sobre lo que realmente desean asumir, les exigen comunicarse de manera directa y clara, eliminando los rumores, las excusas de pasillo o la triangulación.

**La paradoja de la emulación: Orientar desde un lugar oculto**

Uno de los fenómenos más hermosos y paradójicos de la excelencia docente se presenta aquí. El Maestro Huella se esfuerza al máximo por no ejercer imposición; les advierte a sus estudiantes que no es un modelo de perfección. Vargas se desmitifica a sí mismo delante de sus alumnos con gran humildad: "somos seres humanos plenos de imperfecciones...

así que nadie es un modelo". Un buen maestro entiende que exigir ser imitado es una actitud arrogante, ya que "cada uno es un modo de vida especial y nadie debería hacer lo que hace el otro".

No obstante, al darles esa libertad plena, al manejarlos con una ética de escucha libre de autoritarismos y al mostrar concordancia entre lo que se dice y lo que se vive, se produce un "clic" empático irreversible. El alumno, fatigado de autoridades falsas y dogmáticas, se entrega a la autenticidad. El joven opta, en lo más hondo de su libertad, por imitar a un educador que no busca dominarlo.

Vargas admite que "en ocasiones los actos y la manera de conducirse hacen que esa acción tenga un impacto en la vida profesional del otro". Por lo tanto, los alumnos terminan imitando la calidad humana, la responsabilidad y la solidaridad de su maestro, no porque se les haya exigido en un syllabus, sino porque han sido motivados. Como sucede con otros educadores universitarios de renombre, por ejemplo Lady Soto, Laura Mariscal o Antonio Rodríguez, el respeto y la admiración no se imponen a través de un decreto; se logran mediante el ejemplo silencioso.

# Capítulo 6
# La estatura valoral y el espejo de la calidad humana

## El pedigrí de "ser persona"

¿Qué es lo que en realidad nos hace personas? Cuando caminamos por los senderos de la docencia universitaria, acosados por la mecanicidad técnica, las rúbricas estandarizadas y el persistente murmullo de la burocracia académica, es fácil perder de vista el núcleo ontológico que sostiene nuestro quehacer. Hallar el arquetipo de los "Maestros Huella" en las universidades ecuatorianas no es un mero descubrimiento sociológico; es una convocatoria íntima, es una pulsión que nos obliga a sentipensar nuestra propia existencia y a confrontar el espejo del "Otro". Al adentrarnos en las historias de vida de Pedro Humberto Vargas, surge una pregunta que no puede ser silenciada por el metal de los títulos académicos: ¿qué hemos hecho en nuestra vida personal y profesional para convertirnos realmente en personas?

Ser persona no es un dato biológico de partida, es un ejercicio de libertad, un bordado ético permanente que se teje con los hilos de la alteridad y del respeto incondicional. En las aulas de la Facultad de Psicología de la Universidad de Guayaquil, donde el doctor Vargas ha sembrado su sementera intelectual,

esta dimensión se hace carne y palabra. La docencia no se plantea aquí como un mero acto de reproducción de teorías clínicas o aplicación de instrumentos psicométricos, sino como una ofrenda de sí mismo. El Maestro Huella es aquel que sabe que la verdadera autoridad pedagógica no se leída desde el atril del poder jerárquico, sino desde la inmarcesible estatura moral de quien se sabe habitado por una responsabilidad infinita hacia el prójimo.

**La macedonia axiológica: Estatura valoral y atemporalidad.**

Los valores son la carta de presentación de las personas, una especie de impronta o pedigrí identitario que va por delante de sus acciones y se trasluce en sus historias de vida. Debemos comprender que cada persona tiene una altura valoral, un relieve ético que la define. Ya se trate del ciudadano más ejemplar o del sujeto que convive en los márgenes de la exclusión social, hay un acervo moral que palpita en su interior. Los valores no son adornos cosméticos ni categorías estáticas que marchitan con el transcurrir de los tiempos; son realidades ideales, fuerzas dinámicas y atemporales

que le acontecen al hombre y a su temporalidad, orientando su estar en el mundo y dotándolo de un sentido de trascendencia.

En el caso del Dr. Pedro Humberto Vargas, sus alumnos del último semestre de la Facultad de Psicología lo identificaron rotundamente como un Maestro Huella, precisamente por esta estatura axiológica. Sus clases no estaban pensadas para una fría transferencia de contenidos curriculares, sino que estaban impregnadas de un "currículo oculto" donde la honestidad, la solidaridad y la justicia social fluían con naturalidad. El profesor Vargas no daba lecciones de ética mediante tediosos sermones sobre moral; él era la ética en cada uno de sus actos, enseñando que la moralidad se aprende a través de la imitación y el ejemplo mudo. La sabiduría pedagógica, por tanto, no está en el saber enciclopédico, sino en impregnar el aula de un aroma de respeto y de coherencia ontológica.

**La calidad humana versus la calidad de vida: El aporte de Ribera**

En la modernidad líquida y utilitarista, los sistemas globales de medición tienden a confundir

sistemáticamente el concepto de "calidad de vida" con el de "calidad humana". El primero se refiere a los parámetros cuantificables de riqueza material, estatus social, acceso a servicios y bienestar personal, un constructo medible desde la satisfacción individual de lo que el sujeto considera importante, mientras que el segundo requiere una mirada multidimensional y profunda. La calidad humana no está en el tener sino en el ser; se despliega en el terreno de las virtudes y del equilibrio del carácter.

Para entender esta diferencia hay que beber de la obra de Ribera, que define la cualidad humana como "una mezcla de conocimiento, juicio, sensibilidad, equilibrio y profundidad que produce personas serenas, coherentes, seguras, capaces de comprender y llevar a la práctica los valores fundamentales". Es esta combinación sagrada la que distingue al Maestro Huella. En el ambiente universitario, Pedro Humberto Vargas es el guardián de esa cualidad humana. Sus pupilos no echaban de menos con nostalgia las teorías abstractas o los manuales de diagnóstico que él les proporcionó; lo que quedó grabado a fuego en sus corazones fue su sensibilidad ante el dolor ajeno, su justo criterio ante las

dificultades del estudiante y esa serenidad congruente que hacía del salón de clases un espacio seguro, un verdadero nicho de hospitalidad espiritual.

**La Maestra de la niñez y la cicatriz fundacional**

Nadie nace Maestro Huella, el carácter moral se forja en el yunque de las vivencias, en la herida que nos va dejando el pasado y que con el tiempo se transforma en una cicatriz luminosa. En la vida del doctor Pedro Humberto Vargas, la niñez transcurrió a la sombra del dolor y el desamparo emocional que trajo consigo la orfandad temprana. Perder a su mamá cuando estaba en segundo grado fue algo desgarrador, una soledad que amenazaba con tragarse la esperanza de un niño pequeño.

Fue de esa misma oscuridad profunda que surgió su propia Maestra Huella, la profesora Piedad Ochoa de Córdoba. Ella no se limitó a desempeñar el papel funcional de enseñarle a leer y escribir; Piedad tenía esa inefable cualidad humana que le permitía ver el sufriente rostro del pequeño Pedro. Se acercó a su dolor, lo acunó con ternura y amor, y le ofreció un refugio emocional que iba más allá de los límites del

currículo escolar. Esa vivencia fundacional conformó el núcleo de la vocación del doctor Vargas: él sintió, en carne propia, que la enseñanza tiene un poder sagrado de sanación y de protección. Años más tarde, recordando con nostalgia a su maestra, el doctor Vargas confiesa que fue su calidad humana la que cambió su vida para siempre, dejándole una huella que él se encargaría de replicar en las aulas universitarias, convirtiéndose en el Piedad Ochoa de las nuevas generaciones.

**"ponerse en los zapatos del otro": La otredad como ética primera**

Una de las perlas más brillantes que brotan de la historia biográfica del doctor Pedro Humberto Vargas, es su rotunda afirmación: "la profesión no es solamente aplicar instrumentos, hacer psicoterapia, sino ponerse en los zapatos del otro". Esta afirmación posee una fuerza deconstructiva que atenta contra los cimientos de la psicología clínica oficial y de la pedagogía contemporánea, las cuales con frecuencia se escudan tras la fría objetividad científica y la distancia profesional. Ponerse en el lugar del otro es la manifestación de la "ética primera" o ética de la cara que postula Emmanuel Lévinas. La otredad no

es un concepto que se debe aprender en los libros, es una actitud existencial, un compromiso ineludible, que nos obliga a salir de nuestra zona de confort metodológico y transitar por los territorios vulnerables del otro. En el aula, el doctor Vargas enseña que el estudiante, al igual que el paciente, no es un "objeto" de estudio ni un "recurso" a ser moldeado, sino un sujeto humano con un rostro que clama reconocimiento y respeto. Es la misma mirada de compasión que, según la célebre interpretación de Margaret Mead, fue el primer vestigio de civilización: un fémur curado que demuestra que alguien se detuvo a cuidar del otro en su momento de mayor fragilidad. Según el Maestro Huella, el psicólogo y el docente "nos debemos a las personas", por lo tanto, antes que nada nuestra primera responsabilidad es "ser personas" capaces de acoger la alteridad.

**El pedigrí identitario y la libertad de elección: El diálogo con Kant y Sartre**

En la óptica del doctor Vargas la práctica de la enseñanza se entrelaza de forma magistral con la tensión filosófica entre el libre albedrío y la imitación. De acuerdo con los postulados de

Immanuel Kant, la ética del Maestro Huella es profundamente autónoma: el docente no debe coaccionar, invadir o imponer un proyecto de vida a los alumnos. El libre albedrío debe ser respetado en forma absoluta como un derecho universal del ser humano. Vargas se desmitifica continuamente ante sus alumnos, recordándoles que "somos seres humanos llenos de imperfecciones" y que "nadie es un modelo", impulsando a los jóvenes a ser dueños de su destino y a buscar la coherencia interna en vez de una imitación ciega.

Pero en ese mismo respeto absoluto de la libertad, es donde surge la más hermosa paradoja de la pedagogía: los alumnos, emocionados por la calidad humana, por la honestidad y abnegación del maestro, deciden libremente imitarlo y tomarlo como modelo. Aquí se cumple la sentencia de Jean-Paul Sartre: "el hombre es lo que hace con lo que hicieron de él". Los futuros profesionales toman como abono fecundo para construir su propia identidad ética las huellas de amor y solidaridad que el doctor Vargas sembró en sus vidas. La responsabilidad, pues, no se concibe como una obligación heterónoma o un castigo del sistema, sino

como una elección consciente que dignifica la existencia.

**El legado inmarcesible en la educación superior**

El recorrido por los relatos de vida de Pedro Humberto Vargas nos muestra que la docencia universitaria es, en su sentido más puro, un acto de consagración al Otro. No se puede separar al profesional del ser humano, el "pedigrí identitario" de un buen educador está en su calidad humana, en su capacidad de escuchar con respeto activo y su compromiso ético de no apartar la mirada ante la vulnerabilidad de sus alumnos. Al incorporar este capítulo al corpus de nuestra investigación, reafirmamos que el propósito de la educación superior no es producir engranajes eficientes para el sistema de mercado, sino cultivar individuos con compasión humana.

Ante los vientos helados de la tecnocracia y la indiferencia digital, el ejemplo del doctor Vargas se alza como un faro de esperanza. Nos llama a volver a nuestras raíces, a sanar nuestras propias heridas a través de la narrativa autobiográfica y a comprometernos a diario con el lema que guio sus

pasos desde sus años de voluntariado juvenil: "estamos comprometidos con las personas". La verdadera inmortalidad de un maestro no se encuentra en los libros de registro de la burocracia estatal, sino en las marcas indelebles de amor, dignidad y libertad que deja impresas en el alma de sus estudiantes

# Conclusión

# El legado de la impronta moral

El recorrido por la anatomía de los Maestros Huella concluye en el entendimiento de que sobresalir en la educación es, primero que nada, un milagro ético. Las plataformas digitales, los métodos didácticos y los modelos de evaluación son instrumentos vacíos si no están respaldados por un maestro que entiende su humanidad.

El ejemplo de Pedro Humberto Vargas muestra que la compasión hacia el marginado, la solidaridad cultivada en la juventud, el equilibrio sutil entre cuidar de uno mismo (mismidad) y entregarse al otro (otredad), así como la rebeldía de prestar atención en tiempos ruidosos, no son elementos separados, sino que constituyen las bases de un solo edificio moral.

El Maestro Huella no intenta reproducir su intelecto en los cerebros de sus alumnos, sino más bien hacer despertar su dignidad. Aplica una pedagogía cuya premisa fundamental es "nos debemos a las personas", la cual sirve como guía principal. La evaluación de un maestro no se determina por la cantidad de datos que los estudiantes lograron memorizar, sino por la marca imborrable que dejó en su carácter. Una huella en libertad, que posibilita que el joven se vuelva, al final, dueño total de su propio

destino y un profesional con una buena calidad humana.

# Apéndice metodológico

# La arquitectura de la investigación y el rastro de las huellas

## La ciencia con rostro humano

Toda obra que pretenda desentrañar la complejidad del espíritu humano corre el riesgo de ser considerada una mera especulación literaria si no cuenta con un andamiaje científico que la sostenga. Sin embargo, la ciencia no tiene por qué ser fría ni distante. Las páginas de este libro, que han explorado la ética, la solidaridad y la vocación del doctor Pedro Humberto Vargas y otros educadores excepcionales, no son producto de la ficción ni del azar, sino el resultado de una investigación rigurosa, profunda y sistemáticamente estructurada. Este apéndice tiene como propósito transparentar "la cocina de la investigación", mostrando cómo la metodología cualitativa permitió transformar las vivencias cotidianas en una teoría emergente sobre la excelencia docente.

El estudio se fundamentó en un diseño cualitativo interpretativo, con un enfoque específico en las narrativas biográficas y autobiográficas. Lejos del paradigma positivista que reduce a los sujetos a variables numéricas y estadísticas frías, la investigación cualitativa asume que la realidad se construye y deconstruye desde las experiencias

humanas y los contextos socio-históricos. Inspirados por la extensa labor que vienen realizando desde hace más de dos décadas en la Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina, este trabajo asumió el reto de investigar las prácticas de enseñanza de los profesores memorables desde sus propios relatos de vida.

**El Proyecto FCI-012 y la criba de la excelencia**

El marco institucional que cobijó este descubrimiento fue el proyecto nacional de investigación FCI-012, titulado "Relatos de vida de profesores universitarios. Una aproximación biográfica y narrativa sobre los valores, ética y moral en la enseñanza de los docentes de las universidades del Ecuador".

Para encontrar a un Maestro Huella, el equipo investigador comprendió que la respuesta no residía en los despachos de las autoridades académicas ni en los currículos de vida llenos de títulos, sino en la memoria de quienes habitan las aulas. Por ello, la primera fase del estudio tuvo un carácter exploratorio y cuantitativo: se aplicó la técnica de la encuesta mediante un cuestionario estructurado a los

estudiantes de los últimos semestres de la Universidad de Guayaquil, específicamente en la Facultad de Psicología y otras unidades académicas.

Fueron las propias voces de los alumnos las que determinaron quiénes poseían esa anhelada calidad humana. Los resultados de esta criba fueron contundentes: el doctor Pedro Humberto Vargas emergió como el educador más destacado, obteniendo el 61,18% de la elegibilidad total como Maestro Huella por parte de sus estudiantes, un porcentaje abrumador frente al resto de la plantilla docente. Una vez que el veredicto estudiantil dictó su nombre, la investigación abandonó la métrica cuantitativa para sumergirse en la profundidad cualitativa de su vida.

**El imperativo ético: El Consentimiento Informado (CIPE)**

Un proyecto que investiga la ética docente no puede ejercerse desde prácticas investigativas invasivas o carentes de moral. Previo a cualquier acercamiento narrativo, la investigación se cobijó bajo los principios éticos de la Declaración de Helsinki. Aunque estos principios nacieron para las ciencias

de la salud, su pertinencia para salvaguardar la dignidad, la privacidad y los derechos humanos de los participantes los hace indispensables en las ciencias sociales.

A los docentes seleccionados por los estudiantes se les presentó el Consentimiento Informado por Escrito (CIPE). Este documento no fue un mero trámite burocrático, sino un pacto de respeto mutuo. En él se garantizaba la confidencialidad del proceso, se explicaban los objetivos del estudio y se establecía el derecho irrenunciable del docente a retirarse de la investigación en el momento que lo deseara, sin enfrentar ningún tipo de represalia. Solo tras la comprensión y firma voluntaria de este documento, los Maestros Huella abrieron las puertas de sus recuerdos.

**El ritual del encuentro: La entrevista biográfica**

Para acceder al universo íntimo y profesional de Vargas, se utilizó la técnica de la entrevista en profundidad con un guion semiestructurado. Se optó por la noción de relatos de vida (y no simplemente historias de vida) apoyándose en el sociólogo francés Daniel Bertaux, quien sostiene que el relato permite

la intervención viva y directa del sujeto que la vivió, otorgando protagonismo absoluto a sus vivencias y a la forma en que él mismo decide reconstruir su identidad frente al investigador.

El investigador dejó de ser un interrogador frío para convertirse en un practicante de la "ética de la escucha". A través de sucesivos encuentros dialógicos —muchos de ellos mediados por plataformas virtuales y registros audiovisuales debido a los contextos contemporáneos— el maestro relató su hilo histórico: su infancia, la orfandad temprana, su paso por los voluntariados de rehabilitación de adicciones, su formación universitaria y los hitos que marcaron su praxis pedagógica. Estas entrevistas en profundidad, acompañadas en algunos casos de grupos focales, entrevistas flash a estudiantes y consultas a pares docentes, permitieron triangular la información, contrastando la palabra del maestro con el impacto real que este generaba en su entorno.

## La tecnociencia al servicio del alma: ATLAS.ti y las redes rizomáticas

Uno de los mayores desafíos de la investigación biográfica-narrativa es el abrumador volumen de datos que se genera: horas de grabaciones, decenas de páginas de transcripciones desgrabadas, silencios, titubeos y anotaciones al margen. En el pasado, esta labor artesanal tomaba años y corría el riesgo de perderse en la subjetividad desordenada. Para dotar al estudio de rigor, coherencia y agilidad, el equipo investigador incorporó la tecnología como aliada estratégica, utilizando el software ATLAS.ti (versión 23).

Lejos de deshumanizar la investigación, el ATLAS.ti permitió gestionar la información a través de un proceso de codificación riguroso que se dividió en varios umbrales interconectados:

- Fase Exploratoria y Preparatoria: Organización de los documentos, transcripciones e ingreso de los datos al sistema.
- Codificación Abierta: Lectura profunda de los textos, marcando citas, palabras clave (como

solidaridad, escucha, mismidad, otredad) y estableciendo códigos descriptivos.

- Codificación Axial y Selectiva: El momento de síntesis donde se redujo la data mediante el método de comparación constante, agrupando los códigos en grandes familias o dimensiones analíticas (Formación profesional, Sistema de creencias y Valores).
- Teorización Inicial y Redes Semánticas: El software permitió establecer las relaciones entre todos estos conceptos, generando lo que en el proyecto se denominó redes rizomáticas o neuronales. Como si se tratase de un cerebro humano haciendo sinapsis, el programa ayudó a graficar visualmente cómo la experiencia de orfandad de Vargas se conectaba directamente con su compasión en el aula, o cómo su respeto por el libre albedrío se vinculaba con la ética kantiana.

**La hermenéutica y la teoría emergente**

El software organizó la data, pero fue la mente humana la que otorgó el significado. La última fase del andamiaje metodológico descansó en la interpretación hermenéutica. En un diálogo

recursivo e intertextual con pensadores como Paul Ricoeur, Hans-Georg Gadamer, Emmanuel Lévinas e Immanuel Kant, los investigadores cruzaron los datos empíricos obtenidos de los relatos con el corpus filosófico.

Cuando los datos comenzaron a repetirse y no emergió información nueva, se alcanzó lo que la metodología cualitativa denomina saturación teórica. Fue en ese preciso instante donde culminó la labor extractiva y nació la teoría emergente: la validación de que la excelencia educativa no reside en la técnica, sino en la estatura moral del educador. El Maestro Huella dejó de ser una categoría abstracta para convertirse en un arquetipo tangible, demostrado empíricamente a través del perfil del doctor Vargas.

## Epílogo metodológico: La mutación del investigador

Finalmente, la investigación biográfica-narrativa encierra un fenómeno colateral hermoso e inevitable, bien descrito por el pedagogo Luis Porta: la investigación cualitativa nos afecta mientras afectamos a los participantes. Sumergirse en la vida de un Maestro Huella, codificar sus actos de solidaridad y transcribir su pasión por la docencia provocó una "mutación" en los propios investigadores. Al intentar descubrir qué constituía a un maestro memorable, el equipo investigador se vio obligado a interpelar su propia vocación, demostrando que en el estudio de las ciencias sociales, el método más riguroso es también el espejo más nítido de nuestra propia humanidad.

**¿Qué hace que un maestro o profesor sea realmente inolvidable?**

En un sistema educativo asediado por la inmediatez y la técnica, surge el Maestro Huella: aquel educador que siembra y cultiva en sus alumnos a través de la empatía, la compasión y la recuperación de la ceremonia de escuchar.

Inspirado en las historias de vida de Pedro Humberto Vargas y basado en la idea de que los valores moldean el carácter, este libro nos muestra que la excelencia pedagógica no se encuentra en un plan de estudios inflexible, sino en una fuerte creencia ética que puede resumirse con un principio fundamental: "Estamos comprometidos con las personas".

Una obra esencial y una invitación profunda al pensamiento para los que creen que educar es, sobre todo, un acto de libertad y compasión con la capacidad de dejar una huella eterna en el espíritu humano.

## Bibiliografía

Cortina, A. (2000). Ética mínima: Introducción a la filosofía práctica. Tecnos.

Kant, I. (2000). Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Porrúa.

Lévinas, E. (1993). El tiempo y el Otro (G. Vilar, Trad.). Paidós.

Mendieta Toledo, L. B. (2022). Tareas de filosofía, ética y política. Fundación Editorial Crisálidas.

Mendieta Toledo, L. B., Orellana Granda, A., & Zamora Escobar, C. (2022). Maestros huella: Relatos de vida. Fundación Editorial Crisálidas.

Morán Vásquez, R. E., Muñoz Feraud, I. L., Mendieta Toledo, P. A., & Mendieta Toledo, S. R. (2024). Los valores de los maestros huella de las universidades del Ecuador: Relatos de vida de Pedro Humberto Vargas. Yachakuna - Revista Científica, 1(1), 12-28.

Ribera, R. (2008). Calidad humana y valores fundamentales. Ediciones Pirámide.

Sartre, J. P. (1993). El ser y la nada. Losada.

# Sobre el autor

## Dr. Lenin Byron Mendieta Toledo

Es un educador, investigador y pensador ecuatoriano, comprometido profundamente con la transformación pedagógica y ética de la educación superior. Doctor en Educación por la Universidad Nacional de Rosario (Argentina), posee diversas especializaciones en Filosofía, Ética, Política y Sociedad, Docencia Universitaria e Investigación Educativa, Pedagogía en Ambientes Digitales, Salud Humana y Actividad Física.

Su fecunda trayectoria como Docente Titular en la Universidad de Guayaquil y director de diversos proyectos de investigación científica se completa con una sólida obra de más de treinta libros publicados y más de un centenar de artículos indexados.

Lo que caracteriza a su producción científica es precisamente su carácter evolutivo e interdisciplinario. Tras afianzar su formación en Europa en base a la investigación en ciencias de la salud y actividad física, el autor dio un giro hacia una profunda reflexión filosófica, ética y pedagógica

acerca del ser humano. Diez años después, esta trayectoria intelectual cierra un círculo virtuoso: el Dr. Mendieta Toledo regresa a sus raíces de la salud humana y el bienestar, pero enriquecido por un robusto prisma humanista, bioético y existencial. Sus textos entrelazan de este modo la salud del cuerpo con la lucidez del pensamiento.

Entre sus publicaciones más recientes destacan:

- *TAREAS FILOSÓFICAS. Textos para Criticar (2022)*
- *El perfil epistemológico del docente universitario (2022)*
- *Actividad Física, Alimentación y Salud (2023)*
- *Lady Soto. Maestros Huellas (2023)*
- *Valores en la docencia del nivel inicial (2023)*
- *Maestros Huella en la Universidad de Guayaquil (2023)*
- *Equidad de Género en la Escuela y el Hogar (2023)*
- *Pedagogía de los Entornos Digitales (2024)*
- *Rue. Una historia de manipulación y engaños (2024)*
- *Camilo Morán Rivas. Maestro Huella de las universidades del Ecuador*

- *Neuroanatomía esencial en la formación médica (2026)*
- *La toga sin mancha (2026)*
- *La Teoría del Gen Viciado: Caín y la transferencia del gen viciado en la humanidad (2026)*

En esta entrega, plasma su vasta experiencia académica para ofrecerles una lectura reflexiva y necesaria para la sociedad actual sobre los Maestros Huella de las universidades del Ecuador.

**Es la primera edición de El arquetipo de los Maestros Huella: La forja ética de Pedro Humberto Vargas. Obra del pensador ecuatoriano Lenin Byron Mendieta Toledo.**

**Este volumen ha sido publicado como parte del proyecto de investigación científica FCI-012 de la Universidad de Guayaquil, que lleva por título "Relatos de vida de profesores universitarios. Una aproximación biográfica-narrativa a los valores, ética y moral en la enseñanza de los docentes de las universidades del Ecuador". Mediante esta red institucional se rinde tributo al rigor ético y a la calidad humana de los educadores memorables de las universidades del país.**

**El cuidado editorial fue realizado por la Fundación Editorial Crisálidas (EDICRI S.A.S.), bajo la dirección y diseño de Josselyne Peralta C., coordinación y diagramación de Dolores Castro M. Se utilizó para la composición del texto familias tipográficas de alta legibilidad, estructuradas sobre una limpia disposición que refleja el equilibrio entre la sensibilidad pedagógica y la investigación hermenéutica de la obra.**

**Con este libro, impreso y hecho en el Ecuador, la Universidad de Guayaquil y la Editorial Crisálidas reafirman su compromiso con la difusión del pensamiento bioético, el rescate de la memoria docente y la formación de profesionales con una profunda estatura moral.**